

DOSSIER

LA DIMENSIÓN SENSIBLE DEL APRENDIZAJE AMBIENTAL

UNA ENSEÑANZA PARA EL CUIDADO DE LA VIDA

Propuestas para integrar los contenidos conceptuales y sensibles en la práctica de la educación ambiental

**Laura Margutti, Valeria Koss, Mariana Lozada, Paola D'Adamo,
Beatriz Dávila y Adriana Sabrido**

El término ecología deriva del griego *oikos* y significa casa, hogar. Fue acuñado en 1869 por el naturalista alemán Ernst Haeckel. Podemos decir que la ecología es la ciencia que se ocupa del estudio de los seres vivos y sus conexiones en cuanto habitantes de un mismo hogar, el planeta Tierra. Pero la palabra hogar nos remite mucho más allá del estudio de las relaciones entre los factores bióticos y abióticos de un

ecosistema.

Cuando en 1990 el Voyager 1 dejó Neptuno y se dispuso a salir del Sistema Solar, giró para tomar la última foto de la Tierra y pudo así enfocar la imagen más lejana de nuestro planeta, a seis millones de kilómetros. A la vista de los astronautas, ese diminuto planeta azul se les figuró como "una mota de polvo suspendida en un rayo de sol". En las palabras del científico estadounidense Carl Sagan, ese punto tan pequeño desde la perspectiva de la inmensidad cósmica, "es aquí, es nuestro hogar, somos nosotros".

Esta imagen tan poderosa de la Tierra como una mota de polvo es muy contrastante con la visión occidental y antropocéntrica desde la cual la especie humana se constituye en el centro del planeta y va componiendo un tipo de relación de dominancia con la naturaleza, de control sobre los otros seres vivos y sobre lo no vivo.

Sin embargo, ¿dominamos? O en realidad, ¿hemos perdido el control que nunca tuvimos que asumir? La crisis ambiental -ya anunciada en 1962 por Rachel Carson en su libro *Primavera silenciosa*- junto con el cambio climático, las desigualdades sociales, económicas y ambientales, y esta pandemia que estamos atravesando, nos quitan el velo dejándonos vulnerables y poniendo en evidencia cuán grande es nuestro desconocimiento, como humanidad, respecto a la manera de relacionarnos con aquello de lo que somos parte.

Asumiendo la imposibilidad de un mundo controlado y predecible, aprendemos y aceptamos la incertidumbre y la ambigüedad. Desde ese reconocimiento, y con la intención de conectar con nuestra sensibilidad para percatarnos de las múltiples relaciones e interconexiones existentes entre todo lo vivo y lo no vivo, compartimos estas reflexiones y experiencias en el campo de la enseñanza y la investigación con las niñas y los niños, en el ámbito del Parque Nacional Nahuel Huapi y de la ciudad de San Carlos de Bariloche.

Palabras clave: afectividad, cuerpo, cuidado, educación ambiental, experiencia.

Laura Margutti¹

Lic. en Biología
lmarguti@apn.gob.ar

Valeria Koss¹

Prof. de Educación Ambiental
vkoss@apn.gob.ar

Mariana Lozada²

Dra. en Biología
mariana.lozada@gmail.com

Paola D'Adamo²

Dra. en Biología
paodadamo@gmail.com

Beatriz Dávila¹

Prof. en Ciencias Biológicas
bdavila@apn.gob.ar

Adriana Sabrido¹

Ing. Agrónoma
asabrido@apn.gob.ar

¹ Departamento de Conservación y Educación Ambiental del Parque Nacional Nahuel Huapi (APN).

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Recibido: 11/03/2022. Aceptado: 18/04/2022.

DOSSIER

Imagen: gentileza de las autoras.



Para conservar no alcanza sólo con conocer, sino que es necesario amar aquello que hemos de cuidar.

Afectividad ambiental como enfoque metodológico

Un cielo estrellado, el aroma a la tierra mojada, la caída silenciosa de la nieve, trepar a un árbol... ¿por qué nos maravillamos ante las experiencias que nos brinda la naturaleza?

Los seres humanos somos naturaleza, hemos coevolucionado con ella a lo largo del tiempo. Por lo cual, espontáneamente nuestro cuerpo elige lo que simplemente le hace bien. Lo extraordinario de estas simples y profundas experiencias es que se encuentran al alcance de todos y nos brindan grandes beneficios físicos y mentales, como plenitud y paz.

Sin embargo, como resultado de los condicionamientos de la civilización industrial y la modernidad, hemos sufrido una separación de lo natural, generando una especie de anestesia afectiva que nos convierte en seres desconectados de otros seres y de la vida en toda su diversidad, tal como lo describen en su libro *Afectividad ambiental* (de 2020), Omar Giraldo e Ingrid Toro. Y así nos fuimos alejando de aquello de lo que somos parte inherente, ubicándonos como especie en el centro del mundo.

Para comprender los efectos que produce este proceso en nuestra humanidad, Richard Louv, escritor y periodista estadounidense, acuñó el término "trastorno por déficit de naturaleza", en su libro *El último niño del bosque*. Tal como lo expresa, este trastorno "no pretendía ser un término médico, sino una manera de describir la distancia creciente que separa a los niños y las niñas de la naturaleza". En España, este trastorno ya es considerado un tema de la salud pública. Louv ha documentado los efectos negativos de esta carencia en la salud física y psíquica de niños, niñas y per-

sonas adultas, como la disminución en la creatividad y de la capacidad de asombro, así como también problemas cardiovasculares y de obesidad, entre otros.

Por otro lado, desde la psicología ambiental, numerosos estudios han demostrado los beneficios del contacto directo con la naturaleza. Katia Hueso, bióloga española, autora del libro *Somos naturaleza*, menciona los efectos positivos del acercamiento a la naturaleza, como la reducción de los trastornos por déficit de atención, la disminución del estrés y de la depresión; un mayor desarrollo cognitivo y emocional; la prevención de la obesidad y de la miopía y el fortalecimiento del sistema inmune.

Sin embargo, como surge de las investigaciones de Hueso, hay una serie de factores que inciden negativamente en el contacto directo de los niños y las niñas con la naturaleza, como la limitación que muchas veces presentan las salidas escolares a los espacios naturales, el uso de dispositivos electrónicos como forma de ocio, y familias sobreprotectoras que perciben el exterior como peligroso.

Para la autora, una experiencia muy positiva para vincular a niños y niñas con la naturaleza son las llamadas Escuela-Bosque, que promueven en la primera infancia el estudio fuera del aula, y es un sistema educativo que va cobrando fuerza en distintos países europeos. También propone alternativas adaptadas a distintas realidades educativas para pasar más tiempo en los espacios verdes de las escuelas o "acercar" la naturaleza a espacios cerrados, tal como lo propusiera en época de pandemia, cuando no era recomendable acceder al exterior.

En este sentido, y dada la complejidad presente en las instituciones educativas para visitar el área protegida (distancias, transporte, seguros, cantidad de estudiantes), desde la División de Educación Ambiental del Parque Nacional Nahuel Huapi (PNNH) se proponen alternativas metodológicas, con el objetivo principal de reconectar a niños y niñas de la región, con su entorno natural. Desde 1999 se implementan visitas a las escuelas para brindar charlas educativas, donde a través de la curiosidad y preguntas disparadoras se comparte material concreto como plumas, cráneos, cueros, plantas, agallas, de diferentes especies nativas. Los niños y las niñas tienen la oportunidad de estar en presencia del material, promoviendo una afinidad que, con la posterior incorporación de contenidos, colabora con la comprensión de las interrelaciones y de la interdependencia entre todos los seres y lo no vivo.

Al abordar estas charlas de aproximación a los diferentes temas ambientales, se tienen en cuenta las

DOSSIER

etapas evolutivas de niños y niñas. David Sobel, educador estadounidense, acuñó el término “ecofobia” para referirse a las emociones de miedo y tendencia a la huida que surge en la infancia y en la niñez tras la repetición de problemas y catástrofes ambientales, que abruman a niños y niñas, alejándolos de la naturaleza en lugar de acercarlos.

Sobel así lo expresa: “Si queremos que los niños florezcan, sean verdaderamente capacitados, permítanosle amar la tierra antes de pedirles que la salven”. En esa línea y coincidiendo con el autor, desde el grupo del PNNH conformado por Beatriz Dávila, Adriana Sabrido y Valeria Koss, se propician durante la primera infancia y hasta el cuarto grado, actividades que aumentan la empatía por el mundo natural, postergando para etapas evolutivas superiores el trabajo relacionado con los problemas y la crisis ambiental.

A través de experiencias como sentir texturas, aromas, desarrollar la observación e incluso sentir sabores, podemos volver a maravillarnos y a sentirnos parte de la naturaleza.

Como lo afirman los psicólogos españoles, Silvia Collado y José Corraliza, desde la psicología ambiental se ha comprobado que un vínculo directo con la naturaleza es uno de los factores que favorecen el compromiso ambiental. Por ello, consideramos crucial que la educación en esta área, en su enfoque metodológico, sume la dimensión del sentir y lo afectivo a los diferentes aspectos cognitivos.

Según la expresión de Katia Hueso “una infancia al aire libre tiene mayor capacidad y deseo de luchar por mejorar la situación ambiental. Es decir, que ponen en práctica la experiencia para proteger aquello que los acogió en la infancia”. La observación de nuestra práctica nos señala que, para conservar ya no alcanza sólo con conocer, sino que es necesario amar aquello que hemos de cuidar.

Experiencia, vínculos y cuidado

Los seres humanos tenemos la capacidad de tomar conciencia de que nuestra vida emerge de la imbricación con el contexto ecológico-social que nos constituye, nos transforma y co-determina. Conocer y cuidar la vida va de la mano con poder reconocer que somos parte de nuestro ambiente. Este modo de pensar contrasta con la concepción de ambiente como telón de fondo o escenario exterior en el que hemos sido arrojados. Como dice el filósofo alemán Martin Heidegger, “no están los seres humanos por un lado y la naturaleza por otro”; existe una relación dialéctica entre naturaleza y cultura.



Imagen: gentileza de las autoras.

Es importante fomentar en la primera infancia actividades que aumenten la empatía por el mundo natural.

En este sentido, la existencia humana ocurre en interdependencia, una cualidad que ha sido ignorada por el antropocentrismo occidental, dada la relación escindida y extractivista que se ha mantenido con la naturaleza. Desde esta ruptura, se concibe a la naturaleza como recurso disponible-manipulable, y se considera al ser humano como centro del universo, en una relación de dominación de todo lo que existe. La escisión se ve reflejada en dicotomías tales como: humanos-naturaleza, mente-cuerpo, genes-ambiente, razón-emoción, masculino-femenino y materia-espíritu entre otras. En el pensamiento dualista patriarcal se ha desvalorizado la corporalidad, la sensibilidad, la receptividad, la femineidad, la inmaterialidad, etc. Los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari han propuesto la perspectiva rizomática de las multiplicidades, como alternativa a la lógica binaria. La metáfora del rizoma con sus ramificaciones en todas las direcciones pone en

DOSSIER

valor la horizontalidad intentando sortear las jerarquías sin desconocer las particularidades. Otra mirada afín proviene de la ecología profunda (*deep ecology*) que propone trascender los dualismos, y adoptar un enfoque holístico, donde se prioriza la interdependencia .

En línea con esto, desde las ciencias cognitivas, el científico chileno Francisco Varela afirma que los afectos y las emociones, se encuentran en la base de lo que hacemos cada día en nuestra interacción con el mundo. Sin embargo, estas cualidades han sido menospreciadas frente a la primacía de la razón. En este sentido, las emociones no pueden verse como una mera “coloración” del agente cognitivo, sino que son inmanentes e inextricables de todo acto mental. El afecto es primordial y está enraizado en el cuerpo; la emoción es intrínsecamente cognitiva, y la mente emerge de la tonalidad afectiva.

Una mayor conciencia de interdependencia podría favorecer el registro consciente de nuestra corporalidad, nuestros estados emocionales y atencionales. Recientes investigaciones en el ámbito de las neurociencias dan cuenta de que el desarrollo de la percepción interna propicia procesos cognitivos como la claridad mental, el registro y la regulación de las propias emociones. Es decir, una mayor interocepción (el registro consciente de las sensaciones que provienen de nuestro cuerpo) y propiocepción (el registro consciente de la postura corporal) ayudan a regular nuestras emociones y a ser más reflexivos y atentos de las decisiones que tomamos. Además, se ha demostrado que el desarrollo de la percepción interna no sólo promueve salud y bienestar, sino que también favorece la afectividad y empatía con otros seres vivos, contribuyendo al cuidado sensible de los otros y del ambiente. La atención

plena, la interocepción-propiocepción son habilidades cognitivas que propician el acceso consciente a la corporalidad, a los afectos, las emociones y los sentimientos, la empatía y al registro sensible de cómo somos afectados por el ambiente.

Estas cualidades se pueden aprender y fortalecer con la experiencia. En el equipo de investigación que integramos Paola D 'Adamo, Natalia Carro y Mariana Lozada, venimos realizando estudios que analizan cómo intervenciones en contexto que promueven la conciencia interoceptiva y propioceptiva, así como también la escucha empática, ayudan a disminuir parámetros fisiológicos asociados al estrés crónico y a favorecer una integración con el ambiente social y ecológico en niños y niñas de mediana infancia. Estos resultados han sido previamente descritos en esta revista (ver sección para ampliar este tema). Asimismo, como se mencionó anteriormente, existen numerosos estudios que muestran cómo el contacto con la naturaleza puede reducir el estrés, y colaborar en el restablecimiento psicofísico.

Parafraseando al inspirador Francisco Varela “tenemos el mundo en el que vivimos tan al alcance de la mano que no ponderamos lo que es ni cómo vivimos en él”. Cultivar estados de mayor sensibilidad, atención plena y empatía, podría contribuir a la valoración y al cuidado consciente de nosotros mismos y de la vida en nuestro planeta.

Resumen

En un mundo cambiante y complejo se hace imperioso compartir y experimentar la educación ambiental, integrando los conocimientos conceptuales con la dimensión sensible de nuestro estar en el mundo. A través de este artículo, intentamos desplegar algunos diálogos posibles y compartir puntos de vista sobre la experiencia en el campo de la enseñanza y de la investigación con niñas y niños, focalizando en la potencia del cuerpo a la hora de conocer, y poniendo en primer plano la sensibilidad, las emociones y la empatía, ese ámbito que hoy se define como “afectividad ambiental”.

Para ampliar este tema

- Dabul, C. (2017). Enfoque “Aterrizaje Transformador”. Proyecto Ambiental Escuela.
- Giraldo, O. F. y Toro, I. (2020). *Afectividad ambiental. Sensibilidad, empatía, estética del habitar*. Coeditado por Ecosur y la Editorial de la Universidad Veracruzana.
- Lozada, M., D'Adamo, P. y Carro, N. (2018). Empatía y salud en el ámbito escolar. Ayudar ayuda. Desde la Patagonia Difundiendo Saberes, 15 (25): 2-6.
- Sobel, D. (1995). *Más allá de la ecofobia - poniendo el corazón en la educación ambiental. Beyond ecophobia: reclaiming the heart in nature education*. Massachusetts (EEUU), Orion Society.
- Varela, F. (2000). El fenómeno de la vida. Santiago de Chile: Editorial Dolmen.